

bret desposeído. Cuando la ciudad carecía de magistrados, cuidaban de la elección los sacerdotes. Tal circunstancia es la única en que se sepa que los druidas intervinieran en los asuntos públicos.

Estrabón nos dice que cada ciudad tenía, en caso de guerra, un general elegido por el pueblo. Más lejos se verá el caso que hay que hacer de esta elección popular (1). Pero el hecho, es decir, la distinción entre la autoridad militar y civil, lo confirma César por lo que hace al vergobret eduo. No le era permitido abandonar el territorio de la ciudad. No podía, por consiguiente, entrar en campaña. En el año 51 antes de J. C., Convictolitavis es vergobret, y Litavico manda el ejército. César atribuye al vergobret derecho de vida y muerte, lo cual indica que ejercía de justicia. La palabra «vergobret» parece que quiere significar justiciero.

Se habla á menudo de hombres que ocupan ó se disputan el principado ó primacía. No se trata de la magistratura suprema. Eporedórix y Viridomar se disputan el principado, apoyando cada cual su candidato para *vergobret*. Hay un *princeps* y muchos *principes*. Estos, cuyo número no puede fijarse, son los principales ciudadanos. Ellos son los que entregan rehenes al César, los que responden ante él de la actitud del pueblo. El *princeps* no es, sin duda, sino el más eminente de ellos; pero tal preeminencia estaba oficialmente consagrada y despertaba muchas ambiciones y envidias. Podía ser general en jefe. Tal fué el caso de Gíngetórix entre los treverios y de Sedulio entre los lemovios. Pero no lo era necesariamente. Vertisco, *princeps* de los remos, no manda sino la caballería.

El origen del poder emana del Senado. Nombra los magistrados, decide de la paz y de la guerra, interviene como mejor le acomoda en todos los negocios públicos. El número de senadores podía ser muy elevado. Llegaba á seiscientos en la tribu de los nervios. Se ignora cómo se los elegía. Entre los eduos no podían figurar dos individuos de una misma familia en tal asamblea, ni pertenecer al mismo tiempo á la magistratura. Se comprende, por lo mismo, que el Senado era la representación genuina de toda la nobleza. Es probable que todas las familias nobles tuvieron asiento en él.

Unos reglamentos que atestiguan la rudeza de las costumbres aseguran el orden de las deliberaciones. Un oficial público, espada en mano, estaba encargado de imponer silencio á los perturbadores. Las sesiones no se verificaban en ningún edificio. Los galos no los construían de capacidad suficiente. Se celebraban al aire libre, en un punto consagrado y apropiado para tales actos. En Bibracto se ha creído haber dado con el emplazamiento del Senado eduo. Es una explanada rodeada de profundos valles. El piso está nivelado en una extensión de noventa metros de anchura por ciento cincuenta de longitud. En el centro hay una plataforma roquiza de cuatro metros de altura por nueve de diámetro. La tradición supone que allí predicó san Martín. El historiador tiene el derecho de creer que sirvió de tribuna á Vercingetórix. Unos cobertizos levantados de trecho en trecho es de suponer que servían para los carruajes de los jefes que asistían á la sesión.

(1) Párrafo 5.

Los galos pagaban un impuesto directo (*tributum*) cuya pesadumbre recaía principalmente sobre la plebe. Tenían también impuestos indirectos que César llama *portoria* y *vectigalia*. Los *portoria* son derechos de peaje, de aduana. Los vénetos, por ejemplo, percibían derechos sobre los navíos que entraban en sus puertos. Las tribus alpestres, cuando no saqueaban á los comerciantes que atravesaban sus montañas, les sometían á muy crecidos impuestos. La palabra *vectigal* tiene un sentido más amplio. Se aplica á todos los impuestos indirectos en general, y en particular á la contribución exigida por el cultivo de las tierras comunes. Tales impuestos estaban arrendados por los ricos, por los nobles, como en Roma. Los más poderosos se hacían adjudicar á vil precio tales prebendas que les producían grandes beneficios. El eduo Dumnórix pensó reunir por tal medio los fondos necesarios para la realización de sus ambiciosos proyectos.

La ciudad no tenía ejército permanente. En caso de guerra se convocaba lo que César llamó *concilium armatum*, asamblea armada. Todos los hombres útiles debían acudir á ella con armas; pero la organización estaba de tal modo dispuesta, que siempre quedaban contingentes de reserva. La caballería era buena. La infantería, reclutada entre la plebe y armada á la ligera, presentaba un aspecto menos formidable. Lo que faltaba eran la disciplina y la ciencia militar. La distribución era regional y feudal á un tiempo. Sin embargo, se había tenido cuidado en asegurar la unidad de mando no sólo por el nombramiento de un general en jefe, sino también por el de un oficial para mandar la caballería.

Hemos hablado de la justicia refiriéndonos á los druidas. La insuficiencia del Estado en tal materia tuvo dos consecuencias: afianzó el tribunal druídico y desarrolló el régimen de la protección, pues el tribunal no juzgaba sino á los nobles, y en cuanto á los plebeyos, según César, la clientela únicamente les aseguraba personas y bienes.

V.—Las luchas en las ciudades y entre las ciudades

Para turbar el orden en las ciudades, bastaban los excesos y los abusos del patronato. La tentación era muy fuerte para los nobles y casi todos ellos caían en la de violar las leyes. Tenían demasiadas facilidades y recursos para no hacerlo. El Senado y los magistrados supeditados á la influencia de un Orgetórix, de un Dumnórix, tal fué el espectáculo que vió César al penetrar en las Galias, así entre los helvecios como entre los eduos. Sucedió á menudo que dos personajes, igualmente poderosos, se disputaban el poder. Entonces se preparaba ó estallaba la guerra civil. En 52 antes de J. C., entre los eduos, los rivales eran Coto y Convictolitavis, ambos de ilustre prosapia, apoyados por poderosas alianzas, mandando ambos un ejército de clientes y aspirando los dos á la dignidad de vergobret. Fué necesaria la intervención del general romano para evitar que estallara la lucha. César dice que no había ciudad que no estuviese dividida en dos bandos. No había cantón, ni aldea, ni casa donde no se sintiera la influencia de los partidos. Lo que agravaba el mal era el estado revolucionario de la Galia antes de la

conquista. Los ambiciosos tenían ancho campo y grandes facilidades merced á tal agitación.

Hemos podido describir el gobierno de la ciudad haciendo abstracción de la plebe. Esto significa que no debía tener arte ni parte en el gobierno. Asegura César que se la trataba como á una muchedumbre servil. No había institución que de lejos ni de cerca recordara las asambleas populares, los comicios. De cuando en cuando se le comunicaba algunas noticias, algunos acuerdos; pero no podía deliberar ni votar. Casi siempre se la mantenía alejada de los asuntos públicos. Las noticias debían ponerse directamente en conocimiento de los magistrados. Fuera del Senado nadie podía discutir sobre asuntos políticos. Tal prohibición no constituía, sin embargo, delito en todas las legislaciones. Sólo se consignaba en aquellas ciudades que pasaban, á los ojos de los romanos, como las mejor gobernadas, es decir, donde la oligarquía era más estrecha y más celosa de sus fueros. Pero la incapacidad de la plebe era general.

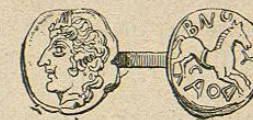
Otros textos nos describen de muy distinta manera á la plebe. No se trata de un rebaño pasivo y despreciado. Es un poder que ha de tenerse en cuenta, capaz de contrabalancear los poderes establecidos, de imponerles su voluntad, de derrocarlos á veces y de substituirlos. Estos textos son también de César, como los precedentes; pero la contradicción no es obra del autor, sino que depende de los hechos. De derecho nada puede la plebe; pero aspira á salir de su situación, y alguna vez lo consigue hasta el punto de apoderarse de la dirección del Estado.

La agitación se propagaba de un extremo á otro de la Galia. Difícil nos fuera decir á punto fijo si esa muchedumbre en efervescencia anhelaba la soberanía política ó mejoras materiales; pero se advierte claramente cómo esperaba vencer. No contaba tan sólo con sus únicas fuerzas. Esperaba del exterior el impulso y buscaba á sus libertadores en las filas de sus dueños y de sus tiranos. Así se formó, entre las clases inferiores y los tráfugas de la aristocracia, una alianza cuyo fin era la restauración del poder monárquico. Su recuerdo era tan grato al pueblo como odioso á la nobleza. Allí donde subsistía estaba sometido á las pasiones de la multitud. Ambiórix, rey legítimo de los eburones, lo confesaba á César. Si la monarquía hereditaria se hallaba reducida á tal extremo, ¿cuál no debía ser la debilidad de las dinastías entronizadas por azar, que unas mismas manos podían levantar y hundir en el polvo!

Entre los pretendientes que aparecen por todos lados, herederos de los antiguos reyes ó aspirantes á fundar una nueva dinastía, el eduo Dumnórix es el que mejor conocemos y de cuyos proyectos y conducta tenemos más detalles. Poseía el principado, pero aspiraba á más. Para procurarse los recursos necesarios había arrendado á bajo precio, durante muchos años, los impuestos. De tal modo pudo hacerse querer de la plebe por sus larguezas y organizar por su cuenta un gran grupo de jinetes. Sus intrigas abrazaban ancho campo de acción: toda una parte de la Galia. Entre los ambiciosos que se agitaban en las ciudades, reinaba una solidaridad que se traducía en un acuerdo y en un apoyo efectivos. Dumnórix había buscado apoyo entre los bitúrigos-cubios haciendo casar á su madre

con un jefe de aquella nación. Casó á su hermana y á sus primas en otras tribus. Se convirtió en yerno de Orgetórix, que acariciaba iguales proyectos respecto á los helvecios. Orgetórix inducía también á desear el poder á Cástico, hijo del último rey de los secuanos. La conspiración estaba á punto de estallar cuando abortó á consecuencia de la oposición de los romanos.

Vercingetórix aspiraba al trono como Dumnórix. Era candidato desde la infancia. Su padre Certil había querido restaurar el trono de Luern y Bituit. No alcanzó su deseo y murió en la pira, legando á su hijo el cuidado de su venganza y la adhesión de sus partidarios. Un día, después de muchos años de recogimiento y de silencio, el joven reunió á sus clientes y les enardeció con su elocuencia. Arrojado de la ciudad por el Senado, recorre la campiña á la cabeza de una partida, ataca de nuevo á sus adversarios, les destierra á su vez y se hace proclamar rey. Si se limitara á esto, su historia no sería sino una aventura vulgar. Pero el movimiento



Moneda de Dumnórix (1)

local que produjo fué, para la Galia entera, la señal de la lucha contra el extranjero.

La lucha entre la aristocracia y la democracia preocupaba á todas las ciudades y absorbía su atención y sus fuerzas cuando la entrada en escena de César planteó para todas ellas la cuestión de la independencia. Durante mucho tiempo fué de interés secundario; pero hasta cuando apareció como de interés primordial, cuando el peligro fué patente para todos, no consiguió aquel interés supremo unir todos los corazones. Los partidos proseguían sus luchas bajo los ojos del romano. Le acogían ó le rechazaban según pudiesen ó no contar con su apoyo.

Las simpatías de los aristócratas eran para Roma en la Galia como en otras partes. Realizaba, con esplendor deslumbrante, el ideal que les era caro. Las brechas que los acontecimientos abrieran en la antigua constitución no se advertían á primera vista ni alteraban el orden general del edificio. Como siempre, las clases ricas ocupaban el poder y por medio del Senado mandaban á las naciones. Por esto los demócratas comprendieron inmediatamente que nada debían esperar de un gobierno que se inspiraba en tales principios. No eran más escrupulosos que sus adversarios, y por su parte no vacilaron en llamar á los germanos porque éstos en aquella ocasión representaban el menor peligro. Los acontecimientos hicieron desempeñar el papel más brillante. Su interés se armonizaba con su deber y su causa se confundía con la de su patria.

César juzgó con acierto la situación. En un pasaje en que enumera las causas que produjeron el levantamiento del 57, señala la hostilidad de los pretendientes, los cuales comprendieron que abortarían sus proyectos si los romanos llegaban á apoderarse del

(1) Dumnorix ó Dubnorix. Cabeza con grandes bucles de caballos y el torques; en el reverso un caballo al galope.

país. Y, en efecto, halló entre esos hombres á sus más temibles enemigos, el eduo Dumnórix, el treverio Induciomaro, el arvernio Vercingetórix. No renunciaba adrede á su alianza. Su política era harto hábil y las circunstancias demasiado variables para que pudiera adoptar una regla absoluta. Solicitó y creyó alcanzar la amistad de Vercingetórix. No perdonó medio para atraerse á Ambiórrix, el rey de los eburones. Impuso á los senones y á los carnutos los descendientes de sus antiguas dinastías, Cavarino y Tasget. Pero de todos los que ocupaban el trono ó lo pretendían, sólo estos dos le fueron leales hasta el fin.

La monarquía parecía á los galos la forma necesaria de la democracia, y una antipatía invencible separaba de Roma á los demócratas. Una declaración contra los romanos coincidía casi siempre con una insurrección popular, y á una derrota seguía el predominio de la aristocracia. Hemos visto que los arvernios iniciaron el gran movimiento del 52. En el 56 los lexovios, los aulercios y los eburonicos empezaron por exterminar al Senado porque en las tres ciudades se negaba á votar la guerra. Cuando triunfaban los romanos, los nobles se sometían al vencedor culpando de la derrota á la muchedumbre, y no les parecía muy caro el restablecimiento de su autoridad, logrado á costa de un desastre nacional.

César conquistó la Galia con auxilio de los galos. Gran parte de sus legiones, de sus auxiliares, los había reclutado en las provincias Cisalpina y Transalpina, donde mandaba, y cuyos habitantes, acostumbrados á servir en los ejércitos de Roma, no se sentían solidarios de los pueblos de su misma raza establecidos lejos, en las márgenes del Loira y del Sena. Aun estos últimos dieron contingentes al invasor. En cada una de sus ciudades podía encontrar, entre los personajes más influyentes, aliados y amigos. Mantenían éstos á la nación en la obediencia ó de nuevo la sometían al yugo extranjero. El pictón Duracio, el nervio Vertisco, el treverio Cingetórix eran, entre sus compatriotas, los espías de los romanos. El arvernio Epsanact entregó al vencedor de Uxellodunum, al verdugo de esta ciudad heroica, la persona del cadurco Lucterio, que allí se defendiera. Los campeones de la independencia hallaron adversarios y traidores hasta entre sus parientes. Cingetórix era yerno de Induciomaro. Diviciaco, hermano de Dumnórix, fué el guía y confidente de César. El tío de Vercingetórix arrojó á éste de Gergovia.

Todos los ejércitos opuestos á los romanos eran democráticos. Tratóles César con infinito desprecio, como á una horda de vagabundos, de bandidos, que se hubiera lanzado al campo por odio al trabajo y amor al botín. Ciertamente influyó en ello la altivez patricia. También hay que tener en cuenta el despecho del conquistador, á quien aquellas partidas disputaron tantas veces la victoria. Sin embargo, no cabe dudar de que aquellas descripciones injuriosas encerraban alguna verdad. Aquellas masas de patriotas reclutados entre la hez de la sociedad debían formar gran contraste con las legiones. Habiendo optado por la guerra, aclamaban por jefe al que á ella les conducía. Así se explica que Estrabón, tomando un hecho revolucionario por una institución normal, atribuyese, contra toda verosimilitud, á la plebe el derecho de nombrar el general. Este jefe,

elegido por sus soldados, sólo gozaba de una autoridad precaria. Las sospechas y las acusaciones de que era objeto Vercingetórix después de cada derrota, constituyeron la mayor dificultad que halló en su empresa este caudillo.

Una observación del mismo César nos permite apreciar el lamentable estado general de la Galia. Era raro, nos dice, que transcurriese un año sin que la ciudad se alzase en armas para atacar ó rechazar á sus vecinos. Como si no bastase la discordia existente en toda ciudad y en toda familia, la guerra entre las ciudades no cesaba un solo instante.

Aquí aparece un problema que no podemos resolver con una negación ni con una afirmación categórica. ¿Existía en la Galia, no obstante sus conflictos de continuo renovados, algo que representase la idea del patriotismo? Para el galo como para el griego, la única, la verdadera patria era la ciudad. Se sacrificaban por ella cuando no les cegaba el interés de una facción. No por eso dejaba de existir entre los diversos pueblos un vínculo de raza, de lenguaje, de costumbres, de religión, que, sin destruir por completo sus mutuos rencores, les unía unos á otros. De aquí una especie de patriotismo generoso que al fin despertó bajo los repetidos ataques del invasor.

Es curioso seguir el nacimiento y desarrollo de ese sentimiento. Por lo pronto, las rebeliones son locales ó regionales, sin concierto previo, sin unidad, y luego e acuerdo se realiza poco á poco y se coordinan y se propagan los esfuerzos. En 54 la mitad de las Galias se subleva y los eburones, los treverios, los nervios, los aduáticos, los senones, los carnutos y la lejana Armórica empuñan las armas; otros se declaran prontos á imitarles. El eburón Ambiórrix es el alma de la conjura. Se expresa ante los emisarios de César con atrevido lenguaje. Trátase de una empresa en que toma parte toda la Galia. Llegó para todos la hora de reconquistar la libertad. ¿Qué galo negará su auxilio á sus hermanos empeñados en tan noble empresa? Estas palabras memorables brotaron con mayor fuerza de labios de Vercingetórix. Conmovieron la nación; pero no la arrastraron por entero ni por largo tiempo. El concurso prestado al jefe arvernio no será unánime, ni falta de segunda intención, ni duradero. Los pueblos, arrebatados por este entusiasmo, no tardarán en arrepentirse; volverán á su política mezquina, y sumándose el egoísmo de las ciudades con el de los partidos, logrará que la patria gala viva un solo día.

Los galos no carecían de instituciones federales; pero sus agrupaciones eran con frecuencia parciales, inestables siempre, y en general impuestas por la fuerza. Se fundaban, no ya en la igualdad de los contratantes, sino en el principio de la clientela transportado al dominio de las relaciones internacionales. La dependencia de los Estados clientes tenía grados y podía llegar hasta la sujeción. En la leva ordenada por Vercingetórix para socorrer á Alesia, los cadurcos, los gabalos, los vellavos no formaron ejércitos distintos. Sus contingentes se confundieron con el de los arvernios. Lo mismo ocurrió á los segusinos, ambivaritios, aulercios brunovicos con relación á los eduos. Otros conservaban su autonomía militar y política. Formaban parte de una liga de la que era jefe el Estado dominante. Los eduos

governaban de esta manera á los bitúrigos-cubios, los senones y los parisienses.

Cuando varias ciudades se apercibían á una empresa común, elegían diputados que se reunían en congreso. Así procedieron las ciudades belgas en el 57 al rechazar á los romanos. Todas ó casi todas las ciudades galas enviaron representantes al congreso que el 52 celebró en Bibracto Vercingetórix. Se trata de conciertos temporales que no hay que confundir con las federaciones propiamente dichas.

El pueblo que lograba agrupar en torno suyo mayor número de clientes, se arrogaba la hegemonía. Este privilegio y el conflicto entre aristócratas y demócratas perturbaban y dividían la Galia.

Pocos eran los pueblos que pudiesen aspirar á la hegemonía. En el Belgio los treverios y los nervios constituían potencias de primer orden que disponían de considerable clientela, en especial los treverios, que gobernaban á un pueblo como los eburones. Pero la supremacía perteneció, hasta la aparición de los romanos, á los susiones. El porvenir parecía deber aumentar su poderío. Su rey Diviciaco había sido el mayor potentado de la Galia. Su autoridad se extendió hasta Bretaña. Su sucesor mediato ó inmediato, Galba, se puso á la cabeza de la coalición de las ciudades belgas el 57. Las intrigas de César y el prestigio de Roma arrancaron de aquel haz la nación de los remos. Hasta entonces habían figurado en la clientela de los susiones y obedecido á iguales leyes y al mismo rey que éstos. Su defección invirtió los papeles, y en lo sucesivo los susiones pasaron á la categoría de clientes.

El Belgio formaba una agrupación aparte. Sin embargo, estuvo sometido durante algún tiempo á los arvernios, que entonces, en el siglo II antes de J. C., constituían el primer Estado de la Céltica. El poder de sus reyes igualaba al esplendor de que éstos solían rodearse. Hemos hablado de los cadurcos, los gabalos, los vellavos, pueblos que les estaban sometidos en la época de César. No eran sino los restos de una confederación más vasta, en la que entraron, al par de los rutenios, los volcos, los helvecios, los alobroges, la mayoría de los Estados galos, desde el Pirineo hasta el Océano y el Rhin. Tales son los límites señalados por Estrabón al Imperio de los arvernios. Esta dominación desapareció tras la victoria de los romanos en 121; pero dejaba un recuerdo profundo, al que Vercingetórix quiso prestar nueva vida.

Los eduos fueron los rivales de los arvernios y en cierto modo sus herederos. Compartían con ellos en el siglo primero antes de J. C. la hegemonía de la Céltica. Resguardados por la cordillera del Morván como los arvernios por la meseta central, en el punto de unión de los valles del Loira, el Sena y el Saona, dominaban el primero de estos ríos por los bitúrigos-cubios, y el segundo por los senones y los parisienses. Por los segusinos llegaban hasta el Ródano y los Cevenas. Habían extendido su influencia sobre el Belgio, alcanzando, en perjuicio de los susiones, la alianza de los belovacos. Pero les amenazaban por ambos lados los secuanos, que permanecían fieles á los arvernios, y más al Sur lindaban con los helvecios.

¿Qué hubiera resultado á la larga de estos antagonismos? Por la clientela la Galia se encaminaba hacia

la unidad. Esta la realizaron un punto los arvernios. ¿Quién sabe si otro pueblo más hábil ó más afortunado la estableciera de un modo definitivo? Para ello se necesitaba tiempo, seguridad, y aquella rivalidad incesante, sin contar la doble amenaza de Germania y de Roma, era una nueva causa de debilidad, una puerta más que facilitaba la intervención extranjera. Apelaron á ésta las ciudades y los partidos. Los arvernios lanzaron contra los eduos el ejército de Ariovisto. Los eduos llamaron á las legiones y llevaron á César á la Galia central. Un año después los remos, por odio á los susiones, le franquearon el paso hasta la Galia del Norte. La unidad que los galos no habían podido alcanzar en la época de su independencia, la impusieron por la fuerza los romanos.

CAPÍTULO II

LA CONQUISTA ROMANA

I. Conquista y organización de la provincia Transalpina (154-58 antes de J. C.).—II. Campañas de César (58-50 antes de J. C.).—III. Caracteres y efectos de la conquista.—IV. Las insurrecciones del siglo I después de J. C.

I.—Conquista y organización de la provincia Transalpina (154-58 antes de J. C.) (1)

Las buenas relaciones existentes entre celtas y griegos fueron muy ventajosas para Marsella. Los celtas, dueños de España, libraron á los masaliotas de la competencia cartaginesa y les dejaron libre el campo desde Gibraltar hasta los Pirineos. No quisieron extenderse por el litoral mediterráneo, como se habían abstenido anteriormente de invadir la cuenca del Ródano. Su concurso facilitó los viajes de Piteas. La invasión céltica de Italia dió resultados no menos halagüeños. Se arrojó á los etruscos de las vías comerciales abiertas entre el Rhin y el Adriático, de las que se apoderaron los mercaderes de Marsella. Las monedas de esta ciudad se esparcieron por la llanura del Po, el Tirol italiano y el Sur de Suiza.

Hemos visto que se rompió este acuerdo en el curso del siglo III antes de J. C. (2). Se rompió en Occidente á la vez que en Oriente. La cuenca del Ródano fué invadida como la península helénica. Otro peligro amenazaba á los masaliotas. Rechazados en el Norte por la invasión céltica, lo fueron también en el Sur por el em-

(1) FUENTES.—Sobre Aníbal en la Galia y las relaciones de Marsella y Roma: Polibio, III, 40-45 y 95; XXXIII, 4. Tito Livio, XXI, 23-37.—Sobre la conquista y la administración de la provincia: Tito Livio, *Periöchae*, 60, 61, 103. Estrabón, IV, 1, 11. Floro, III, 3. Dion Casio, XXXVII, 34, 47, 48. Orosio, V, 13-16. Cicerón, *pro Fonteio*.—Sobre los cimbrros: César, *Guerra de las Galias*, I, 7, 33, 40; II, 4, 29; VII, 77. Tito Livio, *Periöchae*, 63-68. Estrabón, VII, 2, 1-3. Plutarco, *Marius*, 11-27.

OBRAS DE CONSULTA.—Vaissette y Devic, *Histoire générale du Languedoc*, nueva edición, I y II, 1874-1875. En la misma obra, Lebeque, *Epigraphie de Narbonne, Fastes de la Narbonnaise*, 1887. Herzog, *Galliae Narbonensis historia*, 1864. Desjardins, *Géographie de la Gaule*, II. Hirschfeld, *Notices du Corpus inscript. latinar.*, XII. Jullian, Artículos referentes á este tomo del *Corpus* en el *Journal des Savants*, 1889. Hennebert, *Histoire d'Annibal*, I y II, 1870-1878.—Sobre los cimbrros: Müllenhoff, *Deutsche Alterthumskunde*, II, 1887, páginas 112 y siguientes.

(2) Libro I, capítulo II, párrafo 3.º